

1

Acompañando cada jadeo de Stumpy, Max persiguió a su perro blanco como una nube por el pasillo de arriba y escaleras de madera abajo hasta el frío vestíbulo abierto. Max y Stumpy lo hacían a menudo, eso de corretear y pelearse por la casa, aunque la madre y la hermana de Max, las otras dos residentes del hogar, no apreciaban el volumen y violencia del juego. El padre de Max vivía en la ciudad y telefoneaba los miércoles y los domingos, pero no siempre.

Max arremetió contra Stumpy, erró la embestida, salió disparado hacia la puerta delantera y volcó la canasta-tirador. La canasta-tirador era un pequeño recipiente de mimbre que a Max le parecía una tontería pero que su madre insistía en tener en el tirador de la puerta principal porque daba buena suerte. La canasta servía sobre todo para caerse y aterrizar en el suelo, donde a menudo la pisaban. De modo que Max tiró la canasta y luego Stumpy la pisó, atravesando el fondo con la pata y produciendo un desafortunado ruido de mimbre roto. Max se preocupó un segundo, pero enseguida la visión de Stumpy tratando de pasearse por la casa con la cesta enganchada en la pata eclipsó cualquier preocupación. Max se rió sin parar. Cualquiera con dos dedos de frente habría captado la gracia de la situación.

—¿Piensas pasarte el día trasteando? —preguntó Claire, irguiéndose de pronto por encima de Max—. Solo llevas en casa diez minutos.

Su hermana Claire tenía catorce años, casi quince, y Max ya no le interesaba, al menos de forma constante. Ahora Claire

iba al instituto y ya no le atraían las cosas que antes les gustaba hacer juntos –incluido el Lobo y el Amo, un juego que Max seguía considerando digno–. Claire había adoptado un tono de descontento y enojo perpetuo hacia todo lo que hacía Max y hacia casi todas las cosas que existían en el mundo.

Max no contestó a la pregunta de Claire; cualquier respuesta le daría problemas. Si respondía «No», implicaría que había estado trasteando, y si decía «Sí», significaría no solo que había sido un trasto y así lo admitía, sino que tenía intención de seguir siéndolo.

–Será mejor que te esfumes –le aconsejó Claire, repitiendo una de las expresiones favoritas de su padre–. Tengo visitas.

Si Claire hubiera pensando con claridad, habría deducido que pedirle a Max que se esfumara solo serviría para motivarlo a destacar más y que contarle que esperaba visitas le animaría a quedarse.

–¿Va a venir Meika? –preguntó el niño.

Meika era su favorita entre las amigas de Claire, el resto eran imbéciles. Meika le prestaba atención, de hecho hablaba con él, le hacía preguntas, una vez incluso había entrado en su cuarto a jugar al Lego y admirar el disfraz de lobo que guardaba en la puerta del ropero. Meika no había olvidado lo que era divertirse.

–No es asunto tuyo –contestó Claire–. Tú déjanos en paz, ¿vale? No les pidas que jueguen al mecano ni a ninguna otra chorrada que se te ocurra.

Max sabía que observar y molestar a Claire y sus amigos sería mejor en compañía, de modo que salió a la calle, se montó en bici y se dirigió a casa de Clay. Clay era nuevo; vivía en una de las casas prefabricadas del final de la calle. Y aunque era paliducho y cabezón, Max le había concedido una oportunidad.

Max condujo por la acera serpenteando, con la cabeza repleta de ideas sobre lo que Clay y él podrían hacer con los amigos de Claire o, si no les dejaban, las cosas que podrían hacerles. Era diciembre y la nieve, un polvo seco hacía tan

solo unos días, empezaba a fundirse dejando rastros fangosos en las carreteras y las aceras y clapas en los jardines.

Algo estaba pasando en el vecindario de Max. Estaban destruyendo las casas viejas y en su lugar levantaban casas nuevas, más grandes y ruidosas. En su manzana había catorce casas y, en los dos últimos años, seis de ellas, todas de una sola planta y tirando a pequeñas, habían sido arrasadas. En todos los casos había ocurrido lo mismo: los propietarios se habían marchado o habían muerto de viejos y los nuevos dueños habían decidido que les gustaba la ubicación pero querían una casa mayor en el lugar de la anterior. Ello trajo al barrio el ruido constante de las obras y, afortunadamente para Max, la provisión casi infinita de materiales de desecho: clavos, maderas, cables y baldosas. Con todos ellos se había dedicado a armar una especie de casa propia en un árbol, en el bosque junto al lago.

Max siguió pedaleando, después soltó la bici y llamó a la puerta de Clay Mahoney. Se agachó a atarse los zapatos y, mientras terminaba el segundo nudo del zapato izquierdo, se abrió la puerta.

—¿Max?

La madre de Clay se erguía sobre él vestida con pantalones negros ajustados y una camiseta blanca (que decía ¡HOY! ¡SÍ!) por encima de un top de lycra negro; vestía como una esquiadora en plena competición. Detrás de ella, alguien había pausado un vídeo de ejercicios. En la pantalla del televisor tres mujeres musculosas se estiraban arriba y a la derecha, desesperadas y haciendo muecas, tratando de alcanzar algo fuera de plano.

—¿Está Clay? —preguntó Max, incorporándose.

—No, lo siento, Max. No está en casa.

La mujer sostenía un bote plateado y grande con asa negra —una especie de taza de café—, y mientras le daba un sorbo paseó la vista por el porche delantero.

—¿Has venido solo?

Max meditó un segundo la pregunta, buscándole un segundo sentido. Por supuesto que estaba solo.

—Sí —contestó.

Max se había fijado en que la expresión de la madre de Clay era siempre de sorpresa. La postura y la voz apuntaban que estaba al corriente, pero los ojos decían: «¿De veras? ¿Qué? ¿Cómo puede ser?».

—¿Como has llegado hasta aquí? —preguntó la mujer.

Otra pregunta rara. La bicicleta de Max descansaba poco más de un metro detrás de él, a plena vista. ¿Es que no la veía?

—En bici —contestó el niño, señalándola con el pulgar por encima del hombro.

—¿Solo?

—Sí.

«Qué mujer», pensó Max.

—¿Solo? —repitió ella.

Tenía la mirada descontrolada. Pobre Clay. Su madre estaba tarumba. Max sabía que debía andarse con cuidado con lo que decía a una loca. A los locos había que tratarlos con cautela, ¿no? Decidió ser muy educado.

—Sí, señora Mahoney. Estoy... solo. —Pronunció las palabras despacio, con detenimiento, mirándola todo el rato a los ojos.

—¿Tus padres te dejan pedalear por ahí tú solo? ¿En diciembre? ¿Sin casco?

Estaba claro que a la mujer le costaba captar lo evidente. Era evidente que Max estaba solo y era evidente que había llegado en la bici. Y no llevaba nada en la cabeza, así que ¿por qué preguntar por el casco? Aquella mujer deliraba. ¿O quizá sufriera ceguera funcional?

—Sí, señora Mahoney. No necesito casco. Vivo en la siguiente manzana. He venido por la acera.

Señaló hacia su casa, que se veía desde la puerta de la mujer. La señora Mahoney se llevó la mano a la frente y bizqueó, como un náufrago oteando el horizonte en busca de un barco de rescate. Dejó caer la mano, volvió a mirar a Max y suspiró.

—Bueno, Clay está en clase de enguatar —informó la mujer.

Max no sabía qué era enguatar, pero sonaba mucho menos divertido que fabricar arpones de hielo y lanzárselos a los pájaros, que era lo que él tenía en mente.

—Bueno. Pues gracias, señora Mahoney. Dígale que he pasado por aquí.

Max se despidió de la loca de la madre de Clay, dio media vuelta y se montó en la bici. Oyó cerrarse la puerta de los Mahoney mientras se deslizaba sin pedalear. Pero cuando giró hacia la acera en dirección a casa, se topó con la señora Mahoney a su lado, avanzando con aire decidido y con el bote plateado todavía en la mano.

—No puedo permitir que vayas solo —dijo la mujer, dando enérgicas zancadas.

—Gracias, señora Mahoney, pero voy solo todos los días —contestó pedaleando con cautela y manteniendo de nuevo un contacto visual constante.

La rareza de la mujer se había triplicado y el pulso de Max se había duplicado.

—Pues hoy no —repuso la mujer, agarrando el sillín de la bicicleta.

Max empezaba a asustarse. Aquella mujer no solo estaba zumbada, sino que le seguía, sin soltarle. Aceleró. Supuso que podría ir más rápido en bicicleta que ella a pie y decidió probar. Se puso de pie sobre los pedales.

Ella aceleró el paso... ¡sin arrancar a correr! Proyectaba los codos a izquierda y derecha mientras su boca dibujaba una raya de determinación. ¿Una sonrisa?

—¡Ja! —se rió la mujer—. ¡Qué divertido!

Siempre eran los más zumbados los que se reían cuando hacían las locuras más grandes. Esa mujer había perdido la chaveta.

—Por favor —dijo Max pedaleando todo lo rápido que podía. Casi choca con un buzón, el de los Chung, el del símbolo de la paz, detalle que había originado una gran controversia en el vecindario—. Suélteme —suplicó.

—No te preocupes —jadeó la mujer, ahora al trote—. Te acompañaré todo el camino.

¿Cómo podía quitársela de encima? ¿Le seguiría hasta dentro de casa? Desde luego la mujer estaba esperando tenerlo dentro y a solas para hacerle algo. Podía dejarlo inconsciente con un golpe del bote de café. O quizá cogiera un almohadón, lo inmovilizara y lo ahogara. Parecía más su estilo. Tenía la mirada clara y eficiente de una enfermera asesina.

Se oyeron ladridos. Max se giró y vio que se les había sumado el perro de los Scola, que ladraba a la señora Mahoney y trataba de morderle los tobillos. La señora Mahoney ni se enteró. Abría los ojos como platos. Por lo visto el ejercicio la llenaba de júbilo.

—¡Endorfinas! —canturreó—. ¡Gracias, Max!

—Por favor. ¿Qué va a hacer conmigo?

Faltaban diez casas para la suya.

—Mantenerte a salvo de todo esto —contestó la mujer.

Dibujó un círculo con la mano, abarcando el barrio en el que Max había nacido y donde se había criado. Era una calle tranquila de olmos y robles altos que no tenía salida. Del otro lado del final se extendían algunos acres de bosque y luego había un lago. En aquella calle no había ocurrido nada desagradable ni digno de mención, ni en toda la población ni, ya puestos, en varios kilómetros a la redonda.

Max viró bruscamente y bajó de la acera. Saltó el bordillo.

—¡La calzada! —gritó la señora Mahoney, como si el chaval hubiera metido la bicicleta en un río de lava fundida.

En ese momento la calle estaba vacía, siempre estaba vacía. Pero la mujer se colocó al instante detrás del chico y echó a correr tratando de agarrarse de nuevo al sillín.

Max decidió que era una tontería volver a casa; era lo que ella quería. Se quedaría atrapado y la mujer acabaría con él sin dudarle. Su única oportunidad de escapar estaba en el bosque.

Volvió a acelerar y ganó espacio suficiente para dar la vuelta. Giró rápidamente ciento ochenta grados y puso rumbo al final de la calle con la esperanza de alcanzar el bosque.

—¿Qué estás haciendo? —gimió la mujer.

Max casi se rió. No le seguiría hasta el bosque, ¿verdad? Miró atrás, y aunque había perdido un par de pasos, la mujer no tardó en dar un acelerón. ¡Qué rápida era! Max estaba cerca del final de la calle sin salida, casi tocando los árboles.

—¡No pienso perderte de vista! —advirtió en falsete la mujer—. ¡No te preocupes!

Max saltó de nuevo el bordillo —arrancando un aullido aterrado de la señora Mahoney— y se mezcló con la nieve y los hierbajos. Pronto tuvo que agacharse raudo bajo las primeras ramas bajas de los altos pinos de mostachos blancos y serpentear entre sus troncos.

—¡MAAAAAX! —bramó la mujer—. ¡El bosque no!

Max entró en el bosque y se dirigió al barranco.

—¡Pederastas! ¡Drogas! ¡Vagabundos! ¡Agujas! —gritó la mujer.

El barranco quedaba un poco más adelante, tenía seis metros de hondo por tres y medio de ancho. Un mes antes, Max había salvado el vacío con un ancho puente de contrachapado. Si conseguía llegar al barranco, cruzar por el puente y luego retirar el tablón a tiempo, quizá por fin se librara de la mujer.

—¡Alto! —chilló ella.

La bici se balanceaba a izquierda y derecha debajo de Max. Nunca había ido tan rápido. Hasta al perro de los Scola le costaba seguirle; el animal continuaba ladrando a los tobillos de la señora.

—¡Cuidado! —gritó la mujer—. ¡El como-se-llame! ¡El desfiladero!

«No me digas», pensó Max. Alcanzó el puente y una vez más se oyó un aullido de incalculable terror:

—¡Noooooooooooo!

Cruzó con gran estruendo por el tablón. Ya del otro lado, se estiró, dejó la bici y agarró el contrachapado. La mujer casi se le había echado encima cuando Max soltó el tablón. El puente cayó al barranco y se rompió contra las rocas del fondo.

La mujer frenó en seco.

—¡Mierda! —gritó. Se detuvo un segundo, con los brazos en jarras, resollando—. ¿Cómo quieres que te proteja desde aquí?

Max pensó en algunas respuestas ingeniosas a su pregunta, pero optó por callar. Volvió a subirse a la bici por si la señora Mahoney decidía salvar el vacío de un salto. Era mucho más rápida y fuerte de lo que había imaginado, así que no podía descartar esa posibilidad.

En ese momento el perro de los Scola, que seguía corriendo a toda velocidad, eligió dejar atrás a la señora Mahoney, saltar el barranco y reunirse con Max. El animal voló sin ningún esfuerzo y aterrizó al lado del niño. Giró hacia la mujer y luego levantó la vista a Max con una sonrisa abierta y los ojos contentos, como si los dos juntos hubieran derrotado a un enemigo común. Max se rió, y cuando el perro se puso a ladrarle a la mujer doblada sobre el borde del barranco, Max también ladró. Ladraron y ladraron sin parar.